

LA BELLA DORIGEN

por GODOFREDO CHAUCER





00163281

LA BELLA DORIGEN



E D I T O R I A L T O R

Soc. de Resp. Lda. - Capital \$ 2.000.000

Río de Janeiro 760 — Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ali Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Meñique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododac
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constancia
- 61 Nicolás y Nicolásín
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



LA BELLA DORIGEN.

I

Amor correspondido



ACE muchos años vivía en Bretaña un joven y apuesto caballero llamado Arvirago, que se enamoró perdidamente de una dama vecina suya llamada Dorigen, cuya belleza extraordinaria tenía mucha fama en la región.

Arvirago amaba secretamente a Dorigen. Como era ésta de muy alto linaje y su belleza tanta, el joven caballero temía acercarse a ella, y sufría en silencio la tortura de su amor, ignorando si alguna vez sería correspondida su pasión. Esta cruel incertidumbre duró mucho tiempo, al par que aumentaba el amor de Arvirago hacia Dorigen.

Sin embargo, Arvirago estaba equivocado al creer que Dorigen ignoraba su amor. Las mujeres poseen un sentido especial para conocer los sentimientos que inspiran. Así, en una oportunidad que

el joven se dirigía a la guerra, pasó de intento por debajo de las ventanas de Dorigen ostentando los mismos colores de ella; y sabido es que los caballeros de aquella época adoptaban en la guerra los colores de su dama.

Durante la guerra, el noble caballero Arvirago realizó una tras otra arriesgadas hazañas; y el coraje con que combatía, y la serenidad que demostraba ante el mayor peligro, dieron a su nombre el prestigio glorioso de un verdadero héroe.

La fama de su valor se extendió por el país, y no tardó en llegar a oídos de la bella Dorigen.

Dorigen comprendió al fin que el elegido de su corazón era Arvirago, y que no hallaría otro en el mundo igual que él, digno de su amor.

El joven guerrero experimentó indescriptible contento al saber que sus sentimientos eran correspondidos.

Y este recíproco amor culminó con el anhelado casamiento.

Los nuevos esposos se instalaron en el suntuoso castillo de Arvirago, situado a orillas del mar.

II

Ausencia

Al término de un año, a Arvirago comenzó a preocuparle su vida de holganza en el castillo. Cier- to que tenía a su lado a Dorigen, y su dicha era completa; pero el noble caballero echaba de menos



*El joven se dirigía
a la guerra.*

sus andanzas de otros días.

Sus sentimientos hacia la bella Dorigen eran los mismos de antes. Tal vez, si cabe, era mayor aún el amor y la ternura que sentía por ella.

Pero, al par que transcurrían los días, Arvirago se daba cuenta que un caballero de noble estirpe, digno de tal nombre, no podía vivir en continuo sosiego. Era joven y fuerte, y su existencia en el

castillo se deslizaba mansamente cual la de un anciano acaudalado.

A fuerza de pensar en su vida presente y al cabo de no pocas vacilaciones a causa del amor que profesaba a Dorigen, tomó, por fin, la firme resolución de embarcarse rumbo a Inglaterra; allí participaría en las cruentas guerras que sufría el país, y su nombre volvería a redoblar la fama ya conquistada.

La bella Dorigen, asomada a una ventana del castillo, contemplaba a la nave que llevaba a su esposo y señor. Las velas desplegadas ibanse perdiendo poco a poco sobre la comba inmensa del mar.

Profundo desconsuelo amargó a la pobre Dorigen. Pensaba si volvería a ver a su amado Arvirago.

El estado de ánimo de Dorigen pronto fué advertido por las personas que solían visitar el castillo en las diversas oportunidades en que se realizaban fiestas y cacerías durante la estada de Arvirago. Y dió motivo, naturalmente, a que aquellas trataran de consolar a la afligida y triste señora.

Los empeñosos esfuerzos de sus amigos, no dieron el resultado deseado. Ella continuaba triste y taciturna, preocupada solamente por la suerte que correría su marido en los azares peligrosos de la guerra.

Dorigen no aceptaba consuelos, y hasta mostrábase huraña y retraída. Los allegados más animosos no cejaban en sus propósitos, prodigando a la señora toda clase de atenciones y diciéndole que



Decidió partir para Inglaterra...

no debía de continuar así, que ello le reportaría, a la postre, una enfermedad del cuerpo y del alma que consumiría su vida.

Tanto noble empeño, después de algún tiempo, comenzó a ganar el ánimo de Dorigen, y aquella honda pena que había sentido al principio de la ausencia de su esposo, fué suavizándose y convirtiéndose en una apacible resignación.

Esta feliz mudanza se debió, en modo principal, a haber recibido carta de Arvirago en la que le refería pormenores de su vida y las hazañas emprendidas; hazañas guerreras propias de su recio temperamento que llevaban su nombre a la cumbre de la gloria. Pero, lo que mejor consoló a la afligida Dorigen fueron las últimas frases de la carta, en las que le daba noticias de su pronto regreso.

Sus amigos, conscientes de hacer un bien, invitaronla a dar algunos paseos a fin de distraer en lo posible su dolor. Dorigen, más animada, no tuvo inconveniente en acceder, y a menudo realizaba con ellos largos paseos por los pintorescos acantilados cercanos al castillo.

Desde esos lugares, Dorigen divisaba a lo lejos innumerables barcos cuyas blancas velas se deslizaban sobre las aguas del mar en diferentes direcciones. Cuando uno de esos barcos se dirigía hacia la costa en que ella se encontraba, Dorigen se apartaba de sus amigos y suspiraba anhelosamente, diciéndose:

—¡Pobre de mí! De tantos barcos que vienen, ¿traerá alguno a mi esposo? Yo sé que su presencia sería lo único que mitigaría la amargura de mi alma.



*Y este recíproco
amor...*

III

Las rocas negras

A menudo solía Dorigen sentarse ante una ventana del castillo desde donde la vista dominaba un majestuoso panorama marino. Las negras y abruptas rocas que bordeaban con extraño y diabólico serpenteo las costas del mar, causaban en el ánimo de la joven señora una rara sensación de fealdad.

—Esto es incomprensible —exclamaba—. Los sabios afirman que no hay nada inútil en la Tie-

rra, y yo pregunto, ¿qué utilidad pueden tener esas horribles rocas negras que semejan espectros sombríos? Nadie, ni hombre ni animal, recibe de ellas beneficio alguno.

Y Dorigen, desde lo íntimo de su alma, rogaba que las agoreras rocas negras se hundieran para siempre en el fondo del mar. Y tras estos arrebatos de afiebrada desesperación, quedaba profundamente triste.

Sus amigos y amigas se percataron al punto que la contemplación del mar sumíala en dolorosa aflicción; por lo cual decidieron invitarla a visitar las fuentes y ríos cercanos y otros pintorescos lugares desde donde no se pudiera divisar el mar ni los sombríos acantilados.

Un día llegaron a un delicioso valle donde había hermosos jardines. La primavera se mostraba magnífica en todo su esplendor. Las flores y los cantos de las aves embellecían aun más el encanto del paisaje. Los paseantes, en su jira campestre, eligieron el mejor lugar bajo un corpulento árbol a fin de pasar cómoda y alegremente el día.

Poseídos todos de excelente y sana alegría, empezaron a entonar cantos y a danzar bulliciosamente. Sólo Dorigen se rehusó a bailar y a cantar.

Un joven y fuerte caballero se distinguía entre los que bailaban. Era un hidalgo provinciano llamado Aurelio, a quien sus amigos conceptuaban hombre de nobles cualidades, bien que, preciso es decirlo, en algunas circunstancias no se mostraba realmente juicioso y discreto. Pero, apuesto y simpático, ganaba el afecto de los que le trataban.

Dorigen lucía en el pecho una hermosa joya de



*Las rocas causaban
a la joven...*

rara belleza, pendiente de una cadenita de oro. Era transparente cual límpido cristal y despedía rayos de luz tan puros como los del sol.

Cuando el baile hubo terminado, acercóse Aurelio a Dorigen y le dijo con inopinado arrebató:

—Dorigen: ¿no crees que esa hermosa joya que llevas en el pecho estaría mejor en mi poder para compartir así entrambos su valor?

Ante tan inusitada petición, la joven no salía de su asombro. No acertaba a responder. Pero luego, algo confusa todavía, le contestó:

—¿Nada más que eso pretendes? Dudaba de tus intenciones cuando me mirabas con tanta fi-jeza, pero ahora me doy cuenta que deseabas mi preciada joya. Debes saber Aurelio, que ni contigo ni con nadie compartiré el valor de esta gema. Es de mi esposo Arvirago y mía. Y no me desprenderé de ella aunque tenga que sufrir hambro y privaciones.

Aurelio no esperaba, ciertamente, tan rotunda negativa. La actitud de Dorigen le dió a entender en seguida que sería inútil emprender otra tentativa por su parte, y calló confuso y cohibido.

Comprendiendo Dorigen que en ello no había ningún mal, y sabiendo que lo que iba a decir no pasaría de una inocente broma, propuso de buen talante a su interlocutor:

—Oye, Aurelio: ya que tanto deseas mi joya, te la daré el día que consigas hacer desaparecer las horribles rocas negras de la costa del mar.

—Lo que pides, Dorigen —dijo Aurelio—, es un imposible. No hay poder en el mundo que pueda hacer desaparecer tales rocas.

Viendo de nuevo brillar la codicia en los ojos de Aurelio cambió Dorigen de expresión, y le rogó que se retirara de su presencia.

Ya en su casa, Aurelio corrió a confesar a su hermano Agustín la honda pena que lo embargaba y la causa que la producía.

Agustín aconsejó lo mejor que pudo a su hermano, trató de persuadirlo que renunciara a tan descabellado propósito, y lo condujo a la cama a fin de que un sueño reparador le infundiera lucidez.

IV

La joya de Dorigen

La joya de Dorigen tenía doble valor, el intrínseco y el moral. Era regalo de sus padres, y le



Te la daré el día que...

pertenecía desde el día de su nacimiento. Cuando Dorigen, muy niña aún, tuvo uso de razón, su madre la llevó aparte y le explicó la virtud que poseía la gema.

—Debes saber, Dorigen —le dijo—, que la joya que te hemos regalado, siempre que la conserves y cuides de no perderla, te proporcionará dicha y alegría. Las personas que te rodean te estimarán y gozarás del mejor concepto que merece una niña buena y virtuosa. Pero el día que la regales, o la olvides, o la pierdas, cesará el privilegio de tu juventud y belleza, y ya no serás digna de la estimación de los demás.

Dorigen prometió a su madre que seguiría fielmente el consejo y que jamás se despojaría de la maravillosa joya.

Justo es decir que la joven no había sospechado jamás que tal piedra encerrara semejantes virtu-

des, pero asimismo lo que menos hubiese pensado habría sido desprenderse de la joya, pues el corazón le decía que nadie más que ella sería su dueña.

La historia de la joya de Dorigen era conocida por el Rey y por toda la corte. Todos sabían que si la llegaba a perder, perdería también ella sus virtudes. Y ésta fué la razón por la cual la joven señora recriminaba al hidalgo Aurelio su proceder, pues creía que él estaba enterado de las desgracias que le sobrevendrían si llegara a regalarle su joya.

Pero pronto se desvanecieron los celos de Dorigen. Un grato acontecimiento la esperaba: el regreso de su amado esposo. En efecto, Arvirago volvió de Inglaterra cargado de honores y gloria. Había luchado con singular denuedo y formaba parte de la flor y nata de la caballería de la época.

Arvirago y Dorigen renacieron, podría decirse, a una nueva y venturosa dicha. Y el imponente castillo recobró el brillo de sus mejores tiempos.

V

Los prodigios del mago

Trasladémonos a la casa del hidalgo Aurelio y de su hermano Agustín. Cerca de dos años habían pasado desde aquella escena en que Dorigen se encontrara con Aurelio. Este, un día amaneció enfermo de muy grave mal y fué preciso guardar absoluto reposo. Su estado físico desmejoró enormemente. La fiebre consumía su cuerpo.

El único que cuidaba a Aurelio era su hermano Agustín, a quien mucho le preocupaba el estado angustioso de aquél al ver que se sucedían los días sin dar señales de mejoría.

Estando una vez al lado de la cama del enfermo, recordó Agustín un libro de magia que había leído siendo estudiante en Orleáns. En tal libro se explicaban las artes extrañas que empleaban los magos de esa ciudad para realizar verdaderos milagros que transformaban y convertían los seres y las cosas a medida de sus deseos. Agustín recobró confianza al pensar en esto, y asociando esos hechos a la enfermedad de su hermano, se dijo:

—No sería extraño que esos magos de Orleáns pudieran curar a mi hermano. Recuerdo, una vez, que estando yo en esa ciudad vi con mis propios ojos cómo uno de ellos hacía creer a la concurrencia que un enorme barco navegaba en una pila de agua instalada en el centro de la sala de un castillo. Yo sé que la enfermedad de mi hermano se

La fiebre le consumía.





Su valor e impetuosidad le co



...fueron en héroe de la guerra...

debe a lo imposible de cumplir el deseo de Dorigen de hacer desaparecer las rocas negras de la costa del mar. Pero esos magos que todo lo pueden, ¿no serían capaces de persuadir a todos, incluso a la misma Dorigen, que tales rocas han desaparecido?

Poseído de optimismo corrió al lado de la cama de su hermano y le explicó lo que pensaba acerca del libro que había leído en Orleáns y del prodigioso milagro que el mago había realizado en el castillo.

En seguida ambos montaron a caballo y se dirigieron a Orleáns, preocupados en resolver el arduo problema que se les presentaba.

En los alrededores de aquella ciudad, Aurelio y Agustín tropezaron con un anciano, quien, al verlos, se descubrió cortésmente y les dió los buenos días.

—Jóvenes, ya sé a lo que vienen a Orleáns. Tú, Aurelio, pretendes una joya maravillosa imposible de conseguirla, causa por la cual has estado gravemente enfermo. Tu hermano Agustín ha cuidado celosamente de tu salud y te ha traído para consultar a los magos.

—Muy sabio debes ser —dijo Aurelio—, ya que has adivinado mis tribulaciones, y si no tomas a mal, mucho te agradeceremos que nos llevaras a tu casa.

No habían visto nunca los jóvenes tan hermosa y extraordinaria mansión. El mago los condujo a su estudio, donde había gran cantidad de libros y cartapacios de diferentes tamaños alineados en anaqueles que cubrían en parte las paredes. En el



centro de la pieza había una pequeña mesa en la que una lamparilla despedía azulada y tenue luz. Era una luz distinta a la de lámparas o velas, que tenía la virtud de retener la mirada. Al lado de la lamparilla, un enorme libro abierto llevó la mirada de Agustín. El libro era el mismo que había leído en Orleáns. Lo reconoció en seguida, y habló al oído de su hermano Aurelio:

—Ese libro es el mismo que leí antes y en el que se describen maravillosos milagros ejecutados por magos.

La extraña luz azul de la lamparilla comenzaba a agrandarse reflejando más nítidamente las imágenes, aunque de color impreciso. El mago, con la varita mágica en la diestra, la agitaba sobre la llama pronunciando palabras ininteligibles.

Todo en el ambiente era misterioso y confuso.

De pronto Aurelio comprendió que algo inusitado le ocurría. Sin tiempo para pensarlo dos ve-

ces, una fuerza misteriosa lo transportó a un lugar desconocido.

Era un frondoso bosque, de curiosa vegetación, donde corpulentos árboles se balanceaban pausadamente a impulsos de la brisa.

Aurelio volvió la cabeza y comprobó que su hermano Agustín lo acompañaba. Los dos habían experimentado el mismo encantamiento.

El día era espléndido. El sol brillaba en todo su esplendor.

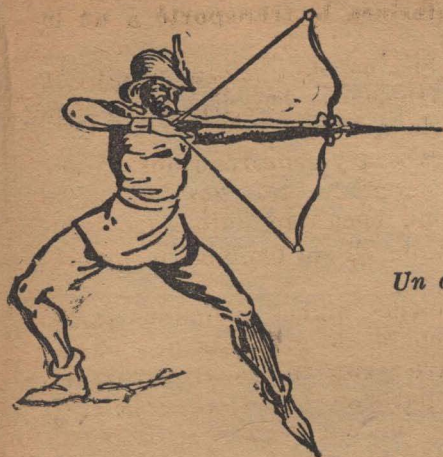
En un claro del bosque, ambos hermanos pudieron admirar a un rebaño de gamuzas que pacían tranquilamente. Aparecieron varios arqueros vestidos de verde. Dispararon sus flechas certeramente al tiempo que muchos perros irrumpieron en el lugar donde se encontraba el rebaño. Apenas disipado el tumulto y confusión, y dada la voz de alto a la jauría, pudo verse que todas las gamuzas yacían sin vida.

No habían salido aún de su sorpresa Aurelio y Agustín, cuando, repentinamente, se encontraron en otro sitio.

Era un paisaje encantador. Un caudaloso río se deslizaba mansamente. A sus orillas, gráciles y elegantes garzas reales, de rato en rato, zambullían la cabeza bajo el agua y sacaban en sus largos picos viboreantes peces que rebrillaban a la luz del sol.

Tal como en la escena de las gamuzas, las garzas también eran acechadas, pero por un solo cazador. No llevaba flechas, como los otros, ni tampoco perros.

El hombre que vigilaba cautelosamente a las garzas era un cazador de cetrería. Alrededor de



Un arquero que...

su muñeca llevaba un brazalete de hierro, del cual estaba sujeto un halcón de curvo y fuerte pico.

No bien el cazador juzgó oportuno el momento, soltó de la muñeca al halcón, que se precipitó velozmente sobre las inofensivas garzas, logrando matar a dos o tres de ellas, mientras las otras, despavoridas, emprendían rápido vuelo.

Aurelio pretendió acercarse al cazador y caminó hacia el río. Pero el río, el cazador, el halcón y las garzas reales habían desaparecido.

Todo el anterior paisaje se había convertido en una dilatada llanura. En el centro de ella se realizaba un singular combate entre jinetes con lanza. Se trataba de un torneo que celebraban los caballeros de la Tabla Redonda; rudo certamen en que medían sus fuerzas nobles jóvenes de la aristocracia.

Hermosas damas presenciaban la justa, sentadas alrededor de la liza.

Pero he aquí que la llanura, los caballeros combatientes y las hermosas damas empezaron a diluirse en sombras hasta convertirse todo en obscuridad profunda.

Luego, repentinamente, una luz radiante deslumbró los ojos de Aurelio, y se halló en un suntuoso salón donde bailaban al compás de una música invisible elegantes damas y caballeros. Era un ambiente de lujo esplendoroso. Enormes espejos reflejaban las luces de la sala y las figuras de los que bailaban.

Experimentó de súbito Aurelio una fuerte impresión. Había reconocido entre las que bailaban a Dorigen. Sí, era Dorigen, no cabía duda.

Lo primero que hizo Aurelio fué buscar con la mirada la joya que siempre llevaba al pecho Dorigen. Pero el corazón le dió un vuelco. Dorigen no tenía la joya.

Aurelio, entre confuso, alegre y con mil encontradas emociones más, sin saber lo que hacía, empezó a bailar solo al compás de la música.

El mago, en este momento, creyó oportuno volver a la realidad a sus visitantes, y dió tres fuertes palmadas.

Y todo el encanto cesó.

Luego de una pausa, el mago convidó a los hermanos:

—Jóvenes caballeros, espero que aceptarán compartir conmigo mi modesta cena.

Aurelio y Agustín asintieron. El mago llamó a sus criados, les impartió algunas órdenes y condujo a los jóvenes al comedor.

Su asombro fué enorme



La comida, por supuesto, no tenía nada de modesta. Se sirvieron succulentos y delicados manjares y exquisitos vinos y licores.

VI

Precio del milagro

Una vez terminada la comida, durante la cual conversaron de diferentes asuntos, Aurelio creyó llegado el momento de preguntar al mago qué precio pedía para realizar el milagro de hacer desaparecer las rocas negras de la costa del mar.

El anciano mago movió la cabeza pensativo y le respondió:

—Mil libras. Aunque, en verdad, mil libras es precio reducido dada la clase de milagro que solicitas.

Aurelio sólo pensó que sus deseos serían satisfechos y habló alegremente:

—Te daría el mundo entero, si fuera su dueño, además de las mil libras, ya que conseguirás hacer desaparecer esas rocas. El trato queda cerrado bajo mi palabra de honor y las mil libras cobrarás puntualmente.

—Todo se hará a medida de tus deseos —dijo el mago.

Luego de cambiar algunas palabras más, fueron los tres a acostarse. Aurelio, con tan felices perspectivas, durmió de un tirón toda la noche, y soñó con Dorigen y su joya, y con el mago y su milagro.

Al día siguiente, que dió la casualidad que era Navidad, los tres se levantaron muy temprano y emprendieron el viaje a Bretaña. El sol iluminaba espléndidamente el paisaje. Los árboles levantaban al cielo su espeso y verde follaje.

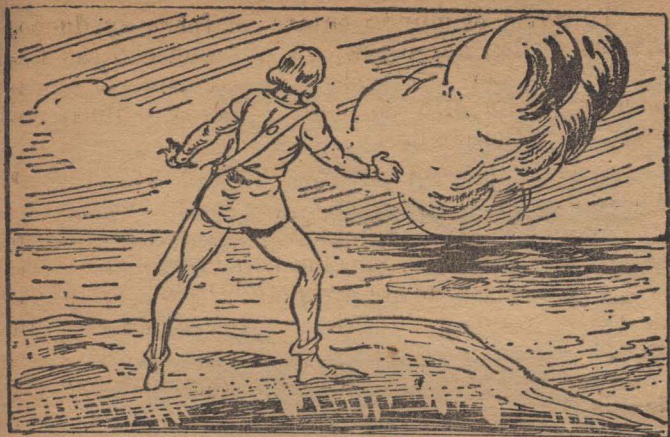
Cuando los viajeros llegaron a las cercanías del castillo de Aurelio, los vecinos y servidumbre se adelantaron a desearles feliz Navidad.

Lejos estaba de suponer la hermosa Dorigen que Aurelio se había empeñado en conseguir su joya a todo precio.

Agustín y Aurelio dispensaron al mago toda clase de atenciones, y lo instalaron en un cómodo aposento.

Una mañana Aurelio se levantó más temprano que de costumbre. Había pasado muy mala noche. Se acercó a una ventana y contempló el mar. Con gran sorpresa observó que las rocas negras iban desapareciendo poco a poco. Vió al mago junto a ellas que, con una varita mágica, hacía cabalísticos signos.

El mago estaba de pie, quieto como estatua, con



Corrió a la playa.

los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida en el confín del horizonte.

Aurelio corrió hacia él, le tomó una mano y, con voz entrecortada por la emoción, le dijo:

—¡Oh, mago, me has dado la felicidad anhelada! ¡Gracias, muchas gracias!

VII

La tristeza de Dorigen

Como es de suponer, lo primero que hizo Aurelio fué correr en busca de Dorigen, a la que encontró justamente en su camino.

La hermosa dama se paseaba distraída, más pura y bella que nunca. Aurelio se contuvo emocionado al contemplarla

Dorigen continuaba avanzando sin percatarse de las cosas que la rodeaban. Era feliz y sus pensamientos eran todos de su amado esposo Arvirago. Más de dos años hacía que la felicidad había renacido en su corazón: desde el día del retorno de su esposo; y había olvidado a las funestas rocas negras y al codicioso Aurelio.

Descubrió la presencia de Aurelio y se detuvo bruscamente. Al notar que el caballero la miraba con insistencia, sin saludarla, le dijo:

—¿Qué deseas, Aurelio?

—¡Oh, señora! Vengo a que cumplas tu promesa. Tu joya desde hoy me pertenece.

—¡Cómo! —exclamó Dorigen—. No comprendo tu palabras —y prosiguió su camino echando al caballero una altanera mirada.

Pero Aurelio no se amilanó, y, caminando a su lado, le habló así:

—Antes que nada, Dorigen, te ruego que pienses en la promesa que me hiciste. Creo que no habrás olvidado tus palabras. En una jira campestre que realizamos en el mes de mayo, estando en un jardín, me prometiste regalar tu joyas si yo conseguía hacer desaparecer las rocas negras de la costa de Bretaña. Tal cual lo deseabas, Dorigen, he podido realizar ese milagro. Si crees que miento, nada te cuesta volver la cabeza y mirar la costa.

Dorigen volvió la mirada, y, en efecto, comprobó con asombro que las famosas rocas negras se habían desvanecido. No daba crédito a sus ojos, y permaneció aterrada en el mismo sitio, mientras Aurelio se alejaba pensativo.

—¡Oh! —se dijo Dorigen—. Nunca creí posi-

ble tal milagro, por eso hice en broma la promesa a Aurelio. ¡Qué situación más horrible la mía!

Por fin, una noche, regresó Arvirago. No había notado la desaparición de las rocas, y a pesar que tal maravilla era comentada por todos, su servidumbre se cuidó de enterarlo del suceso creyendo que su amo lo tomaría a chanza o bien que pudiera figurarse que sus dominios estaban encantados.

La espada y las espuelas de Arvirago chocaban contra los escalones al subir, y Dorigen percibía el tintineo que producían como si fuera en su propio corazón. La desconsolada dama, en vez de salir al encuentro de su esposo, como otras veces, se cubrió la cara con las manos y rompió en amargo llanto. Arvirago se dirigió al lugar donde se hallaba su esposa, y, tomándole las manos, le preguntó:

—¿Qué ocurre, amada mía? ¡Qué pena te hace llorar de esta manera? ¡No te alegra verme a tu lado?

—¡Oh, Arvirago! Soy la criatura más infeliz de la creación. Hice una promesa y no la puedo



Las rocas han desaparecido...

cumplir. La muerte, nada más que la muerte me salvará del deshonor de faltar a mi palabra.

—No te entiendo, Dorigen mía. Dime qué promesas hiciste y qué pena te aflige.

Dorigen relató entonces a Arvirago, con palabras entrecortadas por sollozos, lo sucedido entre ella y Aurelio. Y añadió:

—He prometido entregarle la joya si hacía desaparecer las rocas negras de las costas del mar. ¡Y tal maravilla, que la creí imposible, se ha realizado!

Dió un salto Arvirago hacia la ventana y miró hacia el mar. La luna iluminaba magníficamente el paisaje. Las rocas negras no aparecían por ninguna parte. Una suave playa se extendía sin rocas ni acantilados.

Acercóse nuevamente a su esposa, y viendo que su llanto no cesaba, le preguntó dulcemente:

—¿Por qué sufres así? ¿No tendrá algún consuelo tu pena, Dorigen?

—¡Oh, Arvirago, te parece poco el motivo de mi llanto?

—Sin embargo, amada esposa, pienso que otro milagro tan portentoso como el que se ha realizado, podría salvarnos. Si se ha producido esta maravilla, también se puede producir otra. ¡Dios lo quiera así! Pero, sobrevengan las dificultades que sobrevengan, debes cumplir tu promesa, ya que has dado tu palabra. Lo que se promete, se cumple; es la ley soberana del honor.

Corazones nobles

Aurelio hacía tres días que, escondido en las cercanías del castillo, vigilaba atentamente a las personas que entraban y salían.

Pocos pasos había dado Dorigen por el camino principal, cuando apareció Aurelio a su frente.

—¿No seré importuno —dijo— al preguntarte dónde vas?

Dorigen, con encomiable entereza, se sobrepuso a sus dolores y respondió:

—¡Pobre de mí! He salido en tu busca para entregarte mi joya. Así lo ha ordenado mi esposo.

No pensó más Aurelio, y dijo:

—Virtuosa Dorigen: dile a tu esposo Arvirago que admiro su grandeza de corazón y alabo la virtud de su esposa. Y antes que poseer tu joya, prefiero soportar solo y en silencio mi dolor. No se-



Su puso a sollozar como un niño.

ría feliz causando la desgracia en tu hogar. Guarda tu joya; ya no la pretendo. Nunca en mi vida he visto dama más virtuosa que tú. ¡Adiós, señora, adiós!

Entretanto, Aurelio maldecía el momento en que había prometido al mago nada menos que mil libras en pago de su milagro.

—Francamente, no sé qué hacer —se decía. No tendré más remedio para poder pagar mi deuda que vender mi casa y mi hacienda y hasta mis ropas, y convertirme en un mendigo. No podría vivir así en este país. Tendría que ir a otras regiones donde nadie me conozca. Pero, con todo, si el mago me concediera un plazo, podría satisfacer el compromiso. Le pediré que me permita pagar la deuda a dos años de plazo.

Pensando en todo esto, Aurelio fué al lugar donde guardaba su caja de caudales, y extrajo las últimas quinientas libras de oro que le restaban. Luego fué a ver al mago a quien habló de esta manera:

—Oye, maestro —explicó Aurelio—. Jamás creí encontrar más pura nobleza. Arvirago ordenó a Dorigen que me entregara su joya. Prefería la muerte antes que su esposa faltara a su palabra, y Dorigen también se quitaría la vida si su esposo moría. Ella nunca pudo figurarse que las rocas negras habían de desaparecer. Entonces yo me compadecí de ella, y la dispensé de cumplir su compromiso, asegurándole, además, que nunca volvería a molestarla con petición alguna. Alabé la hidalguía de Arvirago, y me despedí para siempre de Dorigen. Ahora ya sabes lo que ha sucedido.



Las rocas negras estaban otra vez en su sitio.

—Tu relato me ha conmovido. Todos, Dorigen, Arvirago y tú, habéis procedido con magnanimidad de corazón. Tú eres un noble caballero; Arvirago, un gran señor; Dorigen, una virtuosa dama. Solamente Dios puede repartir desde lo alto a los seres humanos tan puras virtudes. En cuanto a tu deuda, quedas libre de ella.

El anciano mago hizo una grave reverencia y se alejó lentamente.

Dorigen y Arvirago paseaban del brazo por las cercanías. De pronto, distinguieron un jinete a la distancia. No era otro que el mago, quien emprendía el regreso a Orleáns.

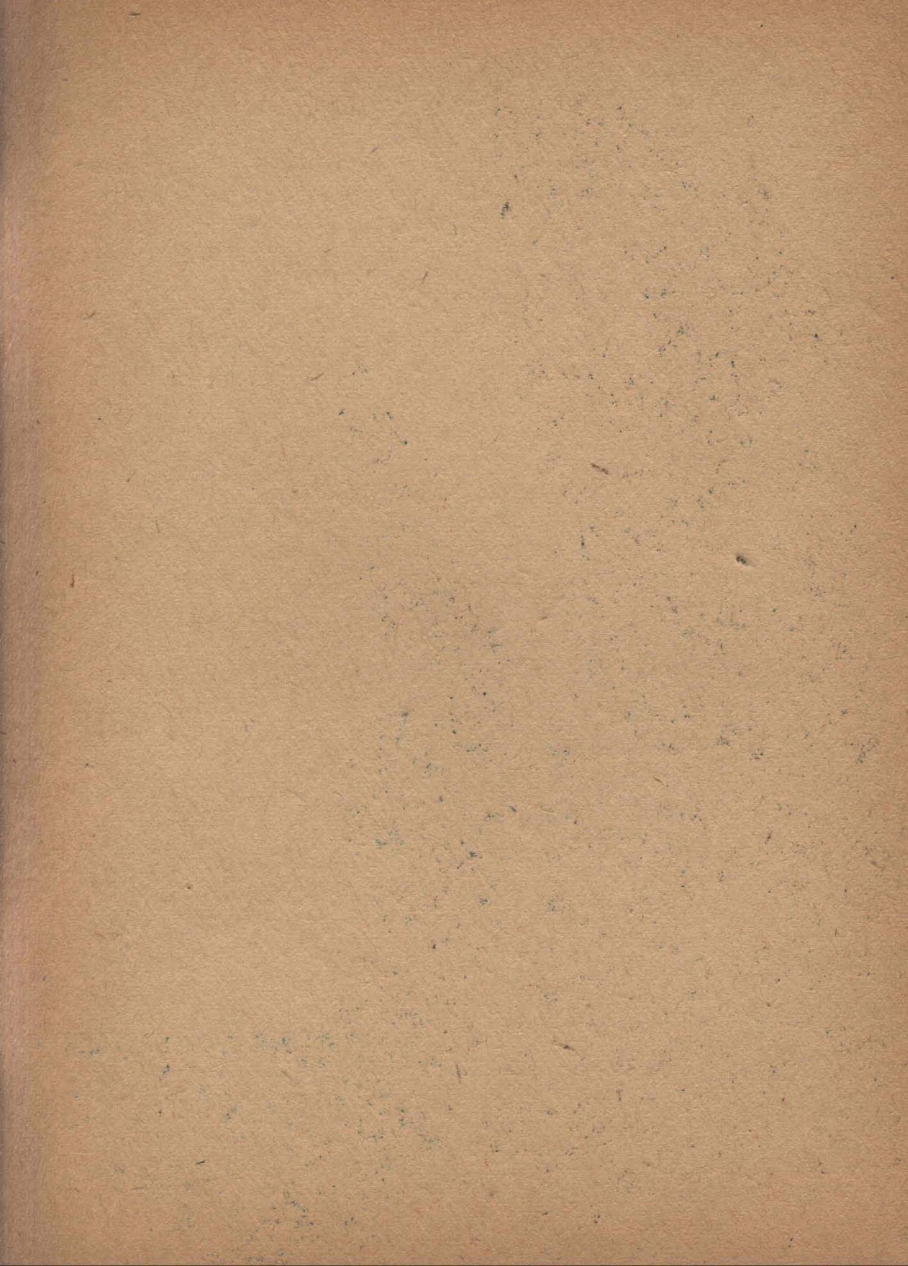
Dorigen, súbitamente, señaló con el brazo extendido la orilla del mar. Las rocas negras estaban otra vez en su sitio; pero ya no produjeron en su ánimo ningún efecto.

Arvirago, entretanto, contemplaba la maravillosa joya de Dorigen que lucía resplandeciente en su pecho.

Y el brillo de esa joya, por gracia de Dios, no se empañó jamás.



FIN



EDITORIAL
TOR

